

*La hija
del boticario*

La hija del boticario

Título original: *The Apothecary's Daughter*

© 2009 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Apothecary's Daughter

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Paul Toole/Arcangel Images

Primera edición: junio 2018

Depósito legal: M-14867-2018

ISBN: 978-84-16973-49-1

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Julie Klassen

*La hija
del boticario*



*A la memoria de mi padre,
siempre divertido, ingenioso y trabajador.*

HAROLD «BUD» THEISEN
(octubre de 1937–agosto de 2008)

Bolsa de pastor

«Esta planta es uno de los ejemplos más notables de que la providencia, en su infinita sabiduría, ha hecho que las cosas más comunes suelen ser también las más útiles y que, por esa misma razón, nuestra estupidez nos conduzca a despreciarlas...».

CULPEPER

Herbolario completo para uso médico

Prólogo

Lo recuerdo con toda claridad, aunque ya hace mucho tiempo. Pero me acuerdo de todo.

Corría el año 1810. Yo era una niña de quince años asomada al arco del puente de Honeystreet, cosa que solía hacer a menudo cuando mi padre no me necesitaba en la botica. Miraba las embarcaciones que lo cruzaban, generalmente pintadas de vivos colores. Una gabarra azul, una barcaza blanca y amarilla... En realidad, estaba buscando. Me fijaba en las caras de todas y cada una de las personas que iban a bordo de cada barca, y eran muchas desde que, hacía poco, se había abierto a la navegación el nuevo canal K y A. No había muchas mujeres, pero sí algunas. Y es que, aunque prácticamente todos los pilotos, marineros y comerciantes eran hombres, a veces se podían ver familias enteras viviendo a bordo de las barcazas, ya que las esposas y los hijos resultaban ser tripulaciones más baratas que las formadas por profesionales.

Hacía dos meses que mi madre había desaparecido en una de esas embarcaciones, o al menos eso era lo que murmuraba la gente del pueblo cuando pensaba que yo no estaba escuchando. Me imagino que yo confiaba en que regresara igual que se había ido, confesando contrita que su huida solo había sido una broma, una aventura, un error... lo que fuera. ¿Cuántas horas me había pasado allí? ¿Cuántas

embarcaciones había visto pasar bajo el puente con nombres como *Britannia*, *Radiante* o *Perseverancia*?

Siempre me preguntaba de dónde vendrían y hacia dónde se dirigirían. También qué llevarían a bordo. ¿Serían quizás especias procedentes de las Indias Occidentales o té de China? ¿Carbón de las Midlands o madera de lugares tan lejanos como Noruega? Fueron incontables las veces que soñé con saltar a una de esas barcas para dejar Bedsley Priors en busca de lo desconocido, de un lugar brillante y atractivo, aunque solo fuera por su lejanía.

No obstante, ese día miré la barcaza blanca y amarilla por otra razón. Un chico larguirucho y desgarbado que llevaba una bolsa al hombro saltó a duras penas desde la embarcación. Mi padre, que estaba de pie en la orilla, levantó la mano para saludarlo justo en el momento en el que el muchacho se inclinaba, al parecer para vomitar.

Pestañeeé. Lo cierto es que para un aprendiz no era una forma muy apropiada de empezar. Los zapatos de mi padre no salieron bien parados.

Suspiré. Estaba claro que debía ir con ellos. Seguramente mi padre no me había visto, pues de haberlo hecho me habría llamado para que los ayudara. Siempre lo hacía. Sin mi madre, y siendo mi hermano un tanto lento de entendederas, muchas de las tareas del hogar y de las responsabilidades de la tienda habían recaído sobre mí.

Pero no. Esperaría un poco para presentarme al joven señor Baylor, para darle tiempo a que se recuperara. Le prepararía una infusión de jengibre y limpiaría los zapatos de padre con un trapo viejo. Pero antes me apetecía pasar otro rato mirando desde el puente.

Varios minutos después, otra gabarra, en este caso pintada de azul y rojo, se aproximó desde el oeste, quizá procedente de Bristol y de camino al Támesis y a Londres, que estaba a unos ciento treinta kilómetros hacia el este. Por el camino lateral, un hombre a caballo tiraba de la embarcación desde la orilla. Solo había una persona en la cubierta inclinada. Un poco más allá, en la cabina de popa, había dos tripulantes de pie junto al timón.

Según se acercaba, pude ver que la persona de cubierta era una mujer que estaba echada hacia delante, como si rezara. O quizás estuviera leyendo. Llevaba un gran sombrero para protegerse del sol, que le daba de frente, por eso no pude distinguir sus rasgos. Me dio un vuelco el corazón. Había algo en la postura de la mujer, en la forma que tenía de inclinar la cabeza, que me resultaba familiar. A mi madre le encantaba leer...

Me asomé todo lo que pude por el puente, aguzando la vista y con el corazón desbocado. La barca se acercaba. Pude ver que el hombre que iba a caballo estaba muy moreno y era muy ancho de hombros. ¿Nos habría dejado por él? Desapareció de mi vista al adentrarse en la franja de terreno que había bajo el puente. El bote llegó a mi altura y uno de los tripulantes alzó la mirada, aunque apenas me fijé en él. Lo que sí vi fue el nombre de la embarcación, pintada con letras muy bonitas y decorativas en uno de los lados: *La gitana*. No pude evitar pensar en lo adecuado de la denominación. No obstante, me resultó imposible ver la cara de la mujer.

Me di la vuelta y corrí hacia el otro lado del puente con la esperanza de que el ángulo de visión fuera más adecuado y pudiera verla según pasaba.

Pensé que quizá ni siquiera se habría dado cuenta de por dónde estaba pasando, tan embebida como estaba en su lectura. ¿Debería llamarla?

Pero me limité a mirar, temiendo portarme como una estúpida delante de la mujer y de los hombres que trabajaban en el aserradero cercano. ¡Si al menos pudiera verle bien la cara...!

—¡Lilly!

La barcaza avanzó por el canal y se fue alejando con su pasajera.

«¡Levanta la cabeza!», ordené silenciosamente. «¡Mírame!».

La mujer se levantó y miró hacia arriba, pero no hacia mí, sino en dirección contraria, hacia delante, al hombre y al caballo. Una parte de mi mente captó pisadas que se acercaban deprisa. La voz que había oído se volvió más urgente. ¿Me estaría llamando?

—¡Lilly!

—¡Estoy aquí! —grité.

La mujer se dio la vuelta y usó la palma de la mano derecha a modo de visera para protegerse del sol. Levantó las cejas, perpleja. Yo saludé con la mano.

Por su parte, ella también levantó la mano, despacio y de forma dubitativa. No fue un saludo afectuoso, sino más bien sombrío. El movimiento me permitió verle la cara sin impedimentos: era una cara desconocida. No llevaba un libro en la mano, sino un trozo de tela. Estaba remendando.

Noté que una mano me sacudía el hombro.

—¿Lilly?

Algo atontada, dejé de mirar a la figura que se alejaba por el canal y me volví. Charlie, mi hermano pequeño, estaba de pie a mi lado. Lo noté asustado. Respiraba con dificultad.

—Te estaba llamando. ¿Por qué no me has contestado?

—Yo... pensaba que... —Pestañee al pensar en lo lamentable que había resultado mi esperanza de recuperar a mi madre y me encontré de frente con su rostro asustado y surcado de lágrimas—. ¿Qué pasa, Charlie?

—Es Mary. ¡No para de temblar! Padre me ha enviado a buscarte. Necesita... —Hizo una pausa y miró al cielo.

—¿Qué necesita? —Con el pulso acelerado, lo agarré de los brazos, muy frustrada por sus limitaciones para concentrarse y recordar.

El muchacho hizo una ligera mueca y se mordió el pronunciado labio inferior.

—¿Valeriana? —le urgí—. ¿Hisopo?

Negó con la cabeza, casi biqueando en su intento por acordarse.

—¿Esencia de almizcle? ¿Peonía?

—¡Eso es! —gritó—. ¡Sí, peonía!

Me quedé pasmada e incrédula.

—¡Pero si tenemos jarabe de peonía en la estantería! En la etiqueta del frasco pone «*J: Peonía*».

—¡Padre dice que está vacío!

«¡Santo Dios, no!», pensé.

—¡Lilly, por favor! ¡No sabes cómo se queja! ¿Se va a morir?

—¡No! —exclamé, esta vez en voz alta. Salí corriendo por el puente, volviéndome para gritarle a mi hermano—: ¡Dile a padre que ponga agua a hervir!

Solo conocía un sitio en el que conseguir raíces de peonía: un jardín bastante cercano en el que crecía esa planta. Empecé a sudar, no debido a la carrera, sino al miedo que me invadió. Miedo por mi mejor y más antigua amiga. Miedo por mí misma. Miedo porque si entraba en ese jardín violaría la ley y quizá tuviera que enfrentarme a la ira de «él». Pero estaba fuera, en la universidad. ¿O no? ¡Por Dios, que no estuviera en casa!

No paré de correr.

Siempre me había gustado correr, por el valle o por las colinas calizas que rodeaban Bedsley Priors. Pero esa vez no disfruté en absoluto de la carrera. Corría porque no tenía más remedio, pues me habría llevado mucho más tiempo ir a casa y preparar la calefacción. La verdad es que la señora Mimpurse me había reñido muchas veces al verme correr por el pueblo, pues ya prácticamente era una señorita y debía comportarme como tal. Pero también sabía que, cuando supiera la situación, no me diría nada. Y es que Mary era su hija.

Recorrí Sands Road a toda velocidad y doblé hacia la calle High, donde estuve a punto de chocar con un hombre que acababa de bajarse de una carreta.

—¡Perdone, señor Hughes! —grité sin parar de correr.

Aceleré cuando llegué al parque, rodeé el jardín de la iglesia, atravesé la granja de los Owen y subí por el sendero hacia Marlow House. Ya allí, empecé a recorrer la valla de piedra, agachada para evitar que me vieran, pero sin dejar de correr, hasta alcanzar la puerta del jardín. El miedo casi me paralizó, pero solo tuve que imaginarme a Mary retorciéndose de dolor para decidirme a

empujar la puerta, que me costó bastante abrir, pues era grande y pesada. Me dirigí a la cabaña del jardinero y agarré la primera pala que vi. Me acerqué a la zona de las peonías, las muy apreciadas peonías de *lady* Marlow, y tragué saliva. Estaba claro que no tenía tiempo para hacer las cosas con limpieza y evitar que se notara el desaguisado que seguramente iba a causar.

Cuando empecé a cavar con la pala oí la primera exclamación de alarma. Un hombre me instó a voz en grito a parar, pero no lo hice, al contrario: cavé con más fuerza todavía. Oí pasos y juramentos al otro lado de la valla. Supongo que sería el señor Timms, el siempre malhumorado jardinero de la finca. En unos segundos alcanzaría las raíces. Me apoyé en la pala y cavé a la mayor velocidad que pude. Deprisa, deprisa...

Justo en el momento en el que agarraba la planta por las raíces vi aparecer por encima de la valla la cabeza de un individuo. No era el señor Timms. Era alguien mucho peor.

—¡Quédate donde estás! —ordenó el joven—. Son de mi madre.

Procuré tranquilizarme, recuperar la voz, explicarme, pero me di cuenta de que no podía hablar. Sabía que Roderick Marlow colocaba cada primavera un gran ramo de peonías en la tumba de su madre. Y también sabía que era infame y cruel.

—Solo necesito una... —pude decir finalmente con la voz ronca—. Es para una amiga.

—¡No te muevas! Voy a llamar al alguacil.

No tenía tiempo ni para explicarme ni para esperar al alguacil del pueblo. Salí corriendo por el jardín y le oí de nuevo maldecirme. Por el rabillo del ojo vi que saltaba la valla. Oí sus pisadas sobre la grava mientras salía corriendo a por mí. Seguro que a cada zancada recorría el doble de espacio que yo con las mías. Corrí y cerré la puerta con todas mis fuerzas. Sentí muy cerca sus gritos de dolor y de rabia. También vi a un mozo que llevaba por la brida un gran caballo negro, ya ensillado.

¡No, por favor!

Oí que se abría la puerta de nuevo. Roderick Marlow silbó.

—¡Trae mi caballo, deprisa! —gritó.

Cambié inmediatamente de dirección. Sabía que si regresaba por las mismas calles por las que había ido, amplias y accesibles, me alcanzaría en pocos segundos, y no podía permitirlo. Así que me adentré en el bosque, haciéndome rozaduras en los brazos y en las piernas con las ramas y los arbustos. Salí de la espesura y me adentré en un estrecho sendero. Justo por delante había una valla para impedir el paso a las ovejas. La salté y, por supuesto, tropecé, pero seguí corriendo. Detrás de mí, el jinete y el caballo saltaron la valla sin el más mínimo problema. Pero aún tenía una oportunidad. Ante mí apareció el alto seto de aligustres que rodeaba el jardín de la iglesia. Y más allá, el pueblo. Mi perseguidor se acercaba al galope. ¿Querría alcanzarme y dejar que su caballo me diera una coz? ¿Cómo era posible? ¿Por una simple planta por la que mi padre pagaría el doble de su valor sin poner ninguna pega? Seguro que sí, no me cabía la menor duda.

Corrí a lo largo del seto y allí estaba. Me detuve inmediatamente, con la espalda pegada a la espesa y al parecer impenetrable pared de aligustres. Demasiado alta para saltarla. Demasiado tupida para atravesarla. Roderick Marlow se bajó del caballo y se acercó a mí con la fusta en la mano y los ojos llenos de ira. Tragué saliva y me alegré de llevar un vestido largo que me protegiera de los arbustos que tenía a la espalda. Esperaría a que estuviera un poco más lejos de su caballo. Solo un segundo más...

De repente, me volví y me zambullí en un hueco del seto por el que apenas cabría un crío pequeño. Recordé que lo había hecho el perro del vicario persiguiendo animalillos. Me invadió el pánico al ver la mano de Roderick intentando agarrarme. Hasta logró tocar con los dedos un extremo de la falda, pero pude pasar al otro lado sin contratiempos. El tipo blasfemó con fuerza mostrando su frustración y me di cuenta de que no se iba a dar por vencido, ni mucho menos. Rogué a Dios que el caballo saliera corriendo, pero dudaba

mucho de que un animal tan bien entrenado hiciera algo así. Por lo menos le llevaría unos segundos volver a montarlo. Corrí por el jardín de la iglesia como alma que lleva el diablo y salí por la puerta principal para adentrarme en la calle High. Vislumbré el cartel del comercio de mi padre justo en el momento en el que, por detrás de mí y bastante cerca, volví a oír los cascos del caballo. ¡Tenía que llegar a la botica y entregar la planta! Después podría hacer conmigo lo que le pareciera bien. ¡Lo importante era llegar a tiempo para atender a Mary!

Llegué a la puerta y la cerré de golpe, pero Roderick Marlow llegó inmediatamente después y la empujó. Las campanillas sonaron como si se hubieran vuelto locas. Me agarró del brazo antes de que pudiera darle la peonía a mi padre, que contemplaba la escena asombrado.

Roderick me arrancó literalmente la planta de la mano.

—¡Roderick Rupert Marlow! —exclamó Maude Mimpurse con voz autoritaria—. ¡Suelta eso! ¡Y a la muchacha! ¡Lillian Grace Haswell! ¡Cuántas veces te he dicho que no debes ir corriendo por ahí como una loca?

Roderick se quedó helado, y la verdad es que me quedé impresionada cuando bajó el brazo de forma sumisa y sin decir palabra. Sentí un alivio inmenso. Nuestra vecina, morena y de constitución fuerte, había trabajado durante bastantes años en la guardería de los Marlow. Su capacidad de persuasión era legendaria en el pueblo.

—¡Es una ladrona y una vándala! —gruñó Marlow, lleno de ira—. ¡Se ha metido sin permiso en nuestro jardín y ha arrancado la planta!

—Fui yo quien la mandó a buscar raíz de peonía, caballero —explicó padre con gesto preocupado—. Es una emergencia. La señorita Mary ha sufrido uno de sus peores ataques de epilepsia.

En ese momento pude fijarme en el resto de la habitación, y por la puerta que daba a la sala de curas vi a mi querida amiga tendida sobre la camilla. Completamente inmóvil.

—¿He llegado demasiado tarde? ¿Está...?

—Se está recuperando. Creo que, después de todo, la valeriana le ha hecho efecto y ha superado el ataque —explicó mi padre.

—Se ha quedado dormida, la pobre —dijo la señora Mimpurse, esta vez con su habitual voz, suave y tranquilizadora—. Estaba exhausta.

Levanté la planta con su raíz, su tallo y sus hojas.

—Entonces... ¿he robado esto para nada?

—¿«Robado»? ¿Cómo se te ocurre decir eso, por Dios? —espetó la señora Mimpurse—. Somos vecinos, ¿no?

—Yo se lo pagaré a su familia, joven —afirmó mi padre al tiempo que extendía el brazo y ponía la mano sobre el hombro de Marlow—. De todos modos, tenemos que preparar jarabe de peonía, se nos ha acabado. O, si lo prefiere, podemos volver a plantar la que se ha llevado mi hija.

Roderick Marlow apartó la mano de mi padre de muy malos modos.

—No. Limítense a no acercarse a nuestros jardines. —Me dirigió una fría mirada y no pude evitar estremecerme—. Ni a mí.

Obedecí esa orden durante casi tres años.

No fueron suficientes, en absoluto.

Primera Parte

«La casa de un boticario [debe tener] una habitación oculta desde la que pueda comprobar sin ser visto a través de una ventana enrejada si los aprendices o mancebos ocupan el tiempo trabajando o si, por el contrario, lo pierden lastimosamente...».

C. J. S. THOMPSON

Arte y misterio de la botica



«Y es que el arte se escapa de mí como un bello sueño, pese a que lo persigo en vano por los prados y los arroyos».

GEORGE LINLEY,
compositor